
En Tiempo de Guerra...

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7665

Título: En Tiempo de Guerra...

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 31 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

En Tiempo de Guerra...

A Domingo Arena.

Avanzaban cortando campo, rehuendo los caminos y los pasos reales, deslizándose por quebradas, internándose en serranías, aventurándose por picadas, entre montes espesos y pajonales cerrados. De día marchaban apareados, cambiando raras palabras de tarde en tarde; más al llegar la noche—noches oscuras, toldadas, sin luna, salpicadas apenas de escasas estrellas pálidas—Donato se adelantaba, ordenando silencio, por precaución y por evitar distracciones que hubieran podido hacerle perder el rumbo.

Policarpo, el hijo único del rico estanciero de Mazangano, había abandonado precipitadamente la ciudad, donde cursaba su estudios, para correr en busca del ejército revolucionario. Llegado a la estancia, puesto de acuerdo con el negrillo Donato, su compañero de infancia, confió a éste la dirección de la aventura, reconociéndole una superioridad campera, adquirida en los cuatro años que él había permanecido en la ciudad.

Y el negrillo ordenaba con insolente rigidez.

La noche estaba terriblemente oscura y el trote continuaba con su fatigosa monotonía. Policarpo había aflojado las riendas al zaino y dormitaba con las manos apoyadas en la cabecera del recado, el torso hecho un arco y la cabeza caída sobre el pecho. Pero un tropezón de la bestia, una sacudida demasiado violenta, lo obligaban a erguirse, a mirar, a pensar.

A uno y otro lado, extendíase la inmensidad negra y

silenciosa. Abriendo desmesuradamente los ojos, luchaba Policarpo por distinguir algo en las tinieblas, y a las veces creía ver delante un grupo de árboles, algo opaco como un monte, algo blanco, como una estancia, algo luciente como un arroyo; y todo ello allí mismo, cerquita, encima, hasta parecerle que su caballo iba a chocar con obstáculos que se desvanecían para ser inmediatamente sustituidos por otros no menos irreales y absurdos. Tan pronto eran luces fugitivas como altísimas murallas emergiendo de súbito, o sombras que corrían entre las sombras de la noche, tan pronto creía percibir ruidos lejanos, sordos como de tropas en marcha, como voces inmediatas, cuchicheos, gemidos, voces brotadas del suelo bajo el casco de los caballos... Dolores agudos le tenaceaban los muslos y los riñones. Y al mismo tiempo, experimentaba mortificante escozor en las pantorrillas. Latíanle las sienes, ardía el rostro...

Se iniciaba el día cuando hicieron alto a la entrada de un bosque espeso. Durante un buen rato anduvieron buscando senda practicable, hasta lograr internarse por una que, tras mil curvas laberínticas, los condujo a un potrill pequeño, avaramente guardado con frondosa y áspera arboleda.

Desensillaron de prisa y Policarpo se tiró sobre el recado. Era quizá mediodía cuando despertó violentamente sacudido por el negro. Ante esta brusquedad e incorporándose, Policarpo exclamó malhumorado:

—¿Qué?... ¿A marchar?... ¡Yo no sigo más!... ¡Andá vos!... ¡dejame aquí tranquilo!

Donato respondió con tono despectivo:

—¡Manate maula!...

Y luego, imperioso:

—¡Es pa pulpiar, animal!

Policarpo abrió totalmente los ojos, vio clavado un asador

conteniendo una apetitosa picana con cuero y, sin hablar más, desenvainó el cuchillo y comenzó a comer. Sólo después de hallarse satisfecho, se le ocurrió inquirir de dónde procedía el regalo. Donato dijo con orgullo:—Vaquillona gorda!

—¿Pero todavía estamos en campo de casa?

—¡Mu, pero mu lejos!...

—¿Entonces, te dieron —prosiguió ingenuamente el mozo.

Y Donato, después de reír con estrépito, contestó con protectora entonación:

—¡Bolié!...

Policarpo se alzó indignado:

—¿Cómo?—exclamó.—¿Un animal, ajeno?...

Y el negrillo, escarbándose los dientes con la daga, replicó doctoralmente:

—¡En tiempo'e guerra nada es de naides, tuito es de tuitos!...
¡Entuavía te faltan muchas cosas que aprender, manate!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.